

LOS ÚLTIMOS DISPAROS

José FUENTES MARES

EN LA CIUDAD DE MÉXICO, el 10 de abril de 1867, unos pocos cohetes hendían el ambiente funerario, mientras funcionarios del Imperio, cariacontecidos, festejaban el tercer aniversario de la aceptación de la Corona por Fernando Max. Unos días antes salió Márquez con cuatro mil soldados en busca de Porfirio Díaz, que sitiaba Puebla, y aún no se tenían noticias del encuentro. Sólo cuando el lugarteniente regresó a la media noche del 11 con unos cuantos hombres —y Porfirio en su seguimiento—, se conoció la catástrofe de San Lorenzo, y se perdieron las últimas esperanzas.

El 13 de abril, “sumida en el estupor”, la ciudad observaba cómo se tendían las primeras líneas republicanas sobre los terraplenes del río del Consulado. La señora Arrazola de Baz, esposa de Juan José, llevó a Díaz un mensaje del general Portilla, ministro imperial, que ofrecía entregar la plaza mediante concesiones a él mismo y a los principales jefes y funcionarios, “aunque su primera intención era buscar una fusión entre los ejércitos sobre la base de que, unidos ambos, reconociéndose recíprocamente los empleos que tenían los jefes de cada uno, procedieran de acuerdo para establecer un nuevo orden de cosas, que no fuera el llamado Imperio, ni el gobierno constitucional del señor Juárez”.¹

La unión de ambos ejércitos, “para establecer un nuevo orden de cosas”, sonaba como algo propio de los días del Plan de Zavaleta o del Hospicio, la época dorada del santanismo. El pobre general Portilla había perdido la brújula, y la historia le caía encima. Envejecido en el cuartelazo, tocaba resortes de cuartel con un general que no salió de los cuarteles. Aunque tampoco Miramón, que salió de ellos, habría aceptado. Eran jóvenes de la bella generación que mataba y se dejaba matar por los principios; había pasado el tiempo

de los hombres capaces de cualquier cosa con tal de "reconocerse los empleos". Porfirio despidió a la señora Arrazola, y tendió un puente flotante entre San Cristóbal y el Peñón de los Baños, con pequeñas piezas de artillería montadas en cañoas. Nuevo conquistador junto a la ciudad de los moctezumas, sólo aceptaría hablar de rendición sin condiciones.

Que en la plaza había pollos gordos, decididos a jugar sus cartas para salvar el pellejo, era cosa clara. Tres o cuatro días después de la gestión de la señora de Baz, el 18 de abril, el padre Fischer llegó al cuartel de la Villa de Guadalupe, y propuso a Díaz la abdicación del Emperador "a condición de que se le permitiera salir del país, sin exigir la responsabilidad por los hechos ocurridos durante el período que él llamaba de su gobierno";² pero el futuro Héroe de la Paz no soltó prenda. De momento no entraba en sus planes apoderarse de la ciudad por asalto, ni tampoco parecía inclinado a comprarla, persuadido de cuál tendría que ser el desenlace: "por la naturaleza de las cosas", el enemigo tendría que capitular finalmente".³ La pérdida absoluta de la fe, entre los defensores, era su mejor aliado: "los conservadores están muy desalentados —informaba Danó—, y la resistencia es obra de algunos jefes, que sabiéndose perdidos ofrecen venderse mutuamente".⁴

No andaba mal informado el ministro de Francia, ya que independientemente de las gestiones de Portilla y Fischer, cierto día, hacia fines de abril, un emisario del general O'Horan se presentó en el cuartel republicano, con la pretensión de concertar una entrevista entre su jefe y Porfirio. La reunión tuvo lugar esa noche, cerca de la garita de Peralvillo, y en ella ofreció O'Horan nada menos que la entrega de Márquez, de la plaza y de los jefes principales, "sin más condición que extenderle un pasaporte para el extranjero".⁵ El oaxaqueño contestó que no requería de ese auxilio para que la plaza cayera en sus manos, en lo que O'Horan convino, aunque advirtió también que así los pollos gordos escaparían, en tanto que, de acuerdo con su plan, caerían todos. Pero ni así logró convencer a su contrincante.

—¿Tiene usted mucho empeño en fusilarme?, preguntó O'Horan.

—No señor; si usted cae en mis manos lo único que haré será cumplir con mi deber, contestó Díaz.

O sea que no llevaba empeño en fusilarlo, pero que en el momento de cogerlo lo fusilaría.

—Dios quiera que no llegue usted a tener que deberme algo, exclamó O'Horan, y volvió a sus líneas.⁶

En el interior de la ciudad, mientras tanto, el gobierno Márquez-Vidaurre no reparaba en los medios con tal de sostenerse un poco más: “arrestos arbitrarios, encarcelamientos, requisiciones domiciliarias, forzamiento de cajas, todo se ponía en práctica”, informaba Alphonse Danó.⁷ Las personas acaudaladas, secuestradas en sus domicilios, terminaban en las mazmorras de Santiago Tlaltelolco, donde se les impedía incluso el paso de alimentos para arrancarles las sumas deseadas. La ciudad se hallaba sitiada tan estrechamente “que ni las provisiones pueden entrar en ellas, ni el agua de los acueductos interiores, que han sido cortados”, escribía el ministro español.⁸ El mismo Jiménez de Sandoval describía los excesos del Tigre, y sus diabólicas palabras: “Necesitamos dinero —dijo Márquez—, búsquese y tráigase de la manera que sea. Yo tengo la fuerza, y el que resista morirá de hambre en la prisión, si no paga, o en las trincheras, a donde lo mandaré”. Tal era el “plan económico” del último gabinete imperial, “cuya tiranía no se borrará fácilmente de la memoria de los habitantes de México”, concluía el ministro español.⁹ Sobre cincuenta personas morían de inanición todos los días, cuyos cadáveres recogía y sepultaba el Ayuntamiento. “Sólo una población inerte, como la de México, puede tolerar semejante tortura sin sublevarse”, apuntaba Danó.¹⁰

Era un vivo contraste con la vecina Tacubaya, donde los carruajes conseguían apenas circular por las calles, llenas de puestos improvisados. Simples sarapes o petates sobre las aceras, y en ellos ropa, semillas, mercería, artículos de lujo, mientras la población, multiplicada, se entregaba “al comercio, al paseo, y a todos los goces de la vida”.¹¹ Las gestio-

nes de los pulqueros tuvieron éxito, y los soldados republicanos recibieron dos raciones diarias, de a libra. El ejército sitiador se componía ya de 25 000 hombres satisfechos, entre ellos 9 000 de a caballo. "Están bien resguardadas todas las salidas, y sucederá lo mismo que en Querétaro: nadie se nos escapará", escribía el héroe del 2 de abril.¹²

Amenazados en sus personas e intereses, los comerciantes extranjeros resolvieron cerrar sus tiendas, y colocarse bajo la protección de sus cónsules. Uno de ellos se atrevió a protestar en presencia de Márquez. "Hasta ahora México ha sido un pozo de oro para los extranjeros —contestó fríamente—, pero a partir de hoy será un lago de sangre."¹³ Así hasta el 15 de mayo, cuando Porfirio recibió un telegrama de Escobedo. Muy urgente. Querétaro había caído en poder de los liberales, y el Emperador y sus generales se hallaban prisioneros. En notas breves, envueltas como cigarrillos, cruzó la noticia las trincheras de la plaza, y esa noche, entre cohetes, salvas y luces, se dobló la ración de pulque en el campo republicano.

En la ciudad circularon entonces cien versiones: que si la noticia era o no falsa; que si los cohetes y las luces formaban parte de un plan para debilitar la resistencia; que si el emperador se regresaba ya, victorioso, para caer sobre las espaldas de Porfirio. "Han transcurrido así diez días —informaba Danó—, sin que sea posible descubrir la verdad entre tantas afirmaciones contradictorias."¹⁴ Márquez, enloquecido, negaba. "Ni la circunstancia de que se me pidiera permiso para que salieran de la plaza sitiada los defensores nombrados por el Archiduque fue suficiente para que el enemigo reconociera la verdad de la noticia", escribió Porfirio.¹⁵ Y el ministro de Francia confirmaba su queja: "La noticia de la rendición de Querétaro, y del cautiverio del emperador Maximiliano, propalada en el campo liberal, era desmentida por las autoridades imperiales de México."¹⁶

El 29 de mayo, finalmente, el ministro de Prusia recibió un telegrama fechado en Querétaro el 25. Era del Emperador, prisionero ya. Le invitaba a trasladarse cerca de él, llevando consigo a los abogados Riva Palacio y Martínez de

la Torre, a quienes encomendaba su defensa. El ministro habló con Porfirio, y éste consultó el caso con Juárez. Los defensores y el de Prusia podían pasar. Pero Márquez y Lacunza declararon falsos el telegrama, y opusieron obstáculos al viaje de Magnus y los abogados,¹⁷ hasta que el 1º de junio se les permitió emprender el viaje. A los defensores del Emperador solamente, ya que Márquez, en persona, impidió que salieran los defensores del general Miramón.¹⁸ Se marchó también el ministro de Austria, por el canal de la Viga, y el de Bélgica disfrazado, sin pasaporte. Curtopassi, de Italia, con un pasaporte de Porfirio en el bolsillo, no caminaba con mejor suerte. Pero todos llegaron a Querétaro sin embargo.

En la plaza, mientras tanto, Márquez no contaba con los austríacos desde que su jefe, Kevenhüller, recibió por conducto de Magnus una nota del Emperador, que le ordenaba evitar, en lo sucesivo, toda efusión de sangre.¹⁹ Kevenhüller pidió autorización para salir de la plaza y embarcar sus efectivos en Veracruz, mas como Porfirio se negara, aquél acuarteló a sus hombres en los patios del palacio.²⁰ Todavía disponía Márquez de unos doce mil soldados de todas las armas, fuerza respetable con la cual, sin embargo, no llegó a intentar operaciones dignas de nota. Apenas si el 9 de junio atacó el punto de La Piedad con tres o cuatro mil hombres, mas Porfirio con el apoyo de Terán, Naranjo y Félix Díaz frustró el intento, y los defensores dejaron en el campo, con sus muertos, la última esperanza.

El fruto parecía maduro ya, y en el Cuartel general de Tacubaya se tomaban las últimas providencias. Díaz no quería apoderarse de la ciudad por asalto, dijo al marqués de la Ribera, por temor a los excesos de su tropa. Prefería reducirla por hambre, o por un medio parecido al que determinó la caída de Querétaro,²¹ pero Márquez no descansaba en sus añagazas, y el 15 de junio, entre cohetes y campanas, un aviso en el "Diario Oficial" aseguraba que el general Ramírez de Arellano llegaba con la buena nueva de que el ejército imperial, con el emperador a la cabeza, volaba en auxilio de la capital. Pero la verdad era otra, ya que cuatro

días más tarde, en Tacubaya, el general Tavera, con la representación de Márquez, hablaba de rendir la plaza bajo ciertas condiciones. Sólo que Porfirio, en presencia del general Alatorre "porque había muchas versiones vulgares, en las cuales no quería aparecer complicado",²² reiteró que la capital tendría que capitular a discreción. Al siguiente día desapareció Márquez, oculto en algún lugar de la ciudad, y Tavera envió a Porfirio un nuevo emisario, ahora el cónsul americano Mr. Otterburg, insistiendo en la admisión de ciertas condiciones para hacer entrega de la plaza. Esta vez recibió el oaxaqueño a Mr. Otterburg en la puerta de Chapultepec, y ni siquiera le permitió bajar de su carruaje.²³ Regresó Otterburg, y principió el ataque con vivo fuego de artillería. El humo y el polvo impedían ver el telégrafo de señales, mas de pronto un vigía republicano advirtió que alguna bandera blanca ondeaba en la catedral. Porfirio dio la orden de cesar el fuego, mientras un carruaje con bandera blanca tomaba por la calzada del Emperador, camino de Chapultepec. Los generales Piña, Palafox y Díaz de la Vega, sus ocupantes, llegaban a rendir la ciudad sin condiciones. Era el 20 de junio de 1867 cuando el carruaje volvió a la capital. Regresó por el mismo camino, o sea por la calzada del Emperador, que ya se llamaba de la Reforma.

En la Capital, esa del 20 de junio fue una noche terrible. Movimientos silenciosos. Apagadas voces de mando. Las últimas fuerzas del Imperio cruzaban las calles para internarse, antes de salir el sol, en San Pedro y San Pablo y en el Palacio, en la Ciudadela. La gente comprometida se ocultaba, según el ejemplo de Márquez, Lacunza, Vidaurri y O'Horan, o pasaban su última noche en familia los resueltos a entregarse. La vida giraba en torno de dos conceptos: ocultarse o entregarse. Ocultarse, una última trinchera de miedo, legítimo y primitivo, o entregarse en derrota definitiva. El silencio invadió finalmente la ciudad, al filo de la madrugada. Los últimos soldados del Imperio estaban en sus cuarteles. Pero muchas ventanas permanecían encendidas. Porfirio había abierto un largo compás a las despedidas.

A las seis de la mañana del viernes veintiuno, cohetes y

campanas anunciaron la entrada de los liberales. Nadie disparó un tiro. Nadie habló de violencias o desórdenes.²⁴ El pueblo, aglomerado en las esquinas, leía el bando de Juan José Baz, nuevo jefe político, con la orden de Porfirio para que se entregaran, dentro de las inmediatas veinticuatro horas, quienes prestaron algún servicio, o desempeñaron algún empleo en el régimen desaparecido. De no presentarse, serían considerados como aprehendidos con las armas en la mano, y castigados con la muerte. A media mañana, hombres elegantes tomaban el camino de Santa Brígida o de la Antigua Enseñanza, los lugares asignados. Algunos marchaban lentamente, estirados y serenos, como en el paseo dominguero de San Francisco. Otros, nerviosos, hendían el aire de la mañana con sus bastones, y caminaban de prisa. En Santa Brígida y la Antigua Enseñanza se reunía el mundo oficial en desgracia. Ya estaban allí Félix Eloin y el padre Fischer entre otros, pero faltaban Vidaurri, Lacunza, Lares, O'Horan, y sobre todo Leonardo Márquez. El señor Danó ocultaba prudentemente la bandera de Francia, y echaba cerrojo a puertas y ventanas. No sin razón temía por su persona, mientras redactaba largos informes a su gobierno: "Arbitrariedad y desolación, tal es el porvenir de México. Antes de seis meses, los jefes liberales se devorarán entre sí",²⁵ pronosticaba. Mientras, en el campo político, Díaz daba los primeros pasos para que las cosas volvieran al estado que guardaban al 31 de mayo de 1863, cuando el Presidente abandonó la ciudad por la puerta de Guadalupe. Sin llenar formalidades, los adquirentes de bienes nacionalizados de acuerdo con las Leyes de Reforma debían recuperarlos, y el oaxaqueño dio un plazo de cuarenta y ocho horas para que religiosos y religiosas desocuparan los conventos.

Tocaron a su fin las veinticuatro horas del plazo para que en Santa Brígida y la Antigua Enseñanza se presentaran los servidores del Imperio, y no aparecían por allí los pollos gordos. Hasta que una semana más tarde cayó preso Vidaurri, denunciado por el mismo americano que lo escondió en su casa de la calle de San Camilo. Se dice que el yanqui lo explotó primero, en pago de su silencio, y lo entregó cuando el

de Linares no pudo darle más. Hasta la Diputación lo llevaron por las calles, “descalzo y con las manos atadas”,²⁶ y esa misma tarde, a las cuatro, lo fusilaron en la plaza de Santo Domingo. Así terminó sus días este padre de sus pueblos neoloneses. El gran señor de Linares, que fue y dejó de ser casi todo: liberal, republicano, gobernador, espada de la Reforma, enemigo de Juárez, Lugarteniente del Imperio. Fue y renunció a todo en política para conservarse Santiago Vidaurri. Ahora Juárez le despojaba de eso también, lo único que le quedaba. Cuando llegó a la plaza de Santo Domingo, una murga ejecutaba valsés y polkas. Le colocaron con la cara frente a un muro, y le dispararon mientras la banda tocaba “Mamá Carlota”. Aún oyó las detonaciones, siete como una sola, que apagaron las coplas chinacas.

EL 12 DE JULIO ESTABA Juárez en Chapultepec. Llegaba de Querétaro, donde estuvo de las once de la noche del 7 de julio, al amanecer del siguiente día, en que partió para México. Estuvo en Querétaro unas pocas horas, las necesarias para dar un vistazo a la momia de Fernando Max, a quien halló hermoso, según dicen, pero sobre todo muerto, que es lo que le importaba. Ya en Chapultepec, los organizadores de la recepción le pidieron posponer su entrada en la capital hasta la mañana del 15,²⁷ y así lo hizo Juárez, entre cohetes y repique de campanas. Los veinticinco mil hombres de Porfirio formaron valla a la comitiva, en cuyo primer carruaje iba el Presidente. Frente al palacio, el recién llegado izó la gran bandera que para esa ocasión mandó confeccionar Porfirio. La capital tenía un mes en sus manos, y no había ondeado ninguna bandera en el asta central del palacio. Era una satisfacción que el caudillo oaxaqueño deparaba a su paisano, el hombre de la carroza negra. Se la deparaba para ese momento, sublime en verdad. Cualquier hombre habría dado su vida por él. Juárez estaba de vuelta. Su ausencia se prolongó durante cuatro años y cuarenta y cinco días, pero estaba de vuelta. Personalmente izó la bandera. “La República ha consumado su triunfo, y sólo falta que sus hijos

aseguremos este triunfo con nuestras virtudes y nuestro respeto a la ley”, escribió a Berardo Revilla.²⁸

Casi al mismo tiempo aseguraba que el respeto al derecho ajeno era la paz.

NOTAS

¹ Porfirio Díaz, “Memorias”, en *Archivo del General Porfirio Díaz*, t. III, p. 79, México, 1947. En lo sucesivo se mencionará este archivo bajo la sigla *A.G.P.D.*

² Porfirio Díaz, “Memorias”, *op. cit.* supra, t. III, p. 47, edic. cit. También Porfirio Díaz a Matías Romero, Gpe. Hidalgo, 3 de mayo de 1867, en *op. cit.* supra, p. 48.

³ Porfirio Díaz, “Memorias”, *op. cit.* supra, t. III, cap. LXXXVII, p. 45. LLLL

⁴ Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros, México, 18 de abril de 1867, en Archives du Ministère des Affaires Etrangères, Fonds: Mexique, vol. 69, ff. 88-89. En lo sucesivo este archivo se mencionará bajo la sigla *A.M.A.E.*

⁵ Porfirio Díaz, “Memorias”, *A.G.P.D.*, t. III, p. 60, edic. cit. También Porfirio Díaz a Matías Romero, Gpe. Hidalgo, 3 de mayo de 1867, en *op. cit.* supra, p. 48.

⁶ Porfirio Díaz, “Memorias”, *op. cit.* supra, t. III.

⁷ Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros, México, 5 de mayo de 1867, en *A.M.A.E.*, Fonds: Mexique, vol. 69, ff. 101-106.

⁸ J. Jiménez de Sandoval al Ministro de Estado, desp. 52, México, 25 de abril de 1867, en Archivo de la Legación de España, caja 148. En lo sucesivo se mencionará este archivo bajo la sigla *A.L.E.*

⁹ J. Jiménez de Sandoval al Ministro de Estado, desp. 64, México, 26 de mayo de 1867, en *A.L.E.*, caja 148.

¹⁰ Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros, New York, 19 de septiembre de 1867, en *A.M.A.E.*, Fonds: Mexique, vol. 69, ff. 190-201.

¹¹ Porfirio Díaz, “Memorias”, en *A.G.P.D.*, t. III, p. 53.

¹² Porfirio Díaz, “Memorias”, *op. cit.* supra, t. III, p. 55.

¹³ Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros, México, 5 de mayo de 1867, en *A.M.A.E.*, Fonds: Mexique, vol. 69, ff. 101-106.

¹⁴ Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros, México, 25 de mayo de 1867, en *op. cit.* supra, vol. 69, ff. 112-113.

¹⁵ Porfirio Díaz, “Memorias”, en *A.G.P.D.*, t. III, cap. LXXXVIII, p. 46.

¹⁶ Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros, México, 27 de junio de 1867, en *A.M.A.E.*, Fonds: Mexique, vol. 69, ff. 124-134.

¹⁷ J. Jiménez de Sandoval al Ministro de Estado, Desp. 66, Tacubaya, 12 de junio de 1867, en *A.L.E.*, caja 148.

18 Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros, México, 27 de junio de 1867, en *A.M.A.E.*, Fonds: Mexique, vol. 69, ff. 124-134.

19 El barón de Lago, en una carta a Kevenhüller fechada en Tacubaya el 15 de junio, menciona la nota que Maximiliano le envió por medio de Magnus. Véase, Francisco de Paula ARRANCOIZ, *México desde 1808 hasta 1867*, t. iv, cap. xvi, p. 344, Madrid, 1872.

20 Porfirio Díaz, "Memorias", en *A.G.P.D.*, t. nr, p. 56.

21 J. Jiménez de Sandoval al Ministro de Estado, desp. 66, Tacubaya, 16 de junio de 1867, en *A.L.E.*, caja 148.

22 Porfirio Díaz, "Memorias", en *A.G.P.D.*, t. iii, p. 61.

23 Porfirio Díaz, "Memorias", *op. cit.* supra, t. iii, p. 62.

24 Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros, México, 27 de junio de 1867, en *A.M.A.E.*, Fonds: Mexique, vol. 69, ff. 124-134. También, Porfirio Díaz, "Memorias", en *A.G.P.D.*, t. iii, pp. 63-65.

25 Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros, México, 27 de junio de 1867, en *A.M.A.E.*, Fonds: Mexique, vol. 69, ff. 124-134.

26 Alphonse Danó al Ministro de Negocios Extranjeros, México, 8 de julio de 1867, en *op. cit.* supra, vol. 69, ff. 159-163.

27 Sebastián Lerdo de Tejada a Antofñita Revilla, México, 17 de julio de 1867, Archivo Juárez, del autor.

28 Benito Juárez a Berardo Revilla, México, 16 de junio de 1867, Archivo Juárez, del autor.